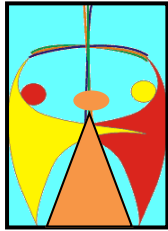


RELIGIOSOS TERCARIOS CAPUCHINOS
Provincia del Buen Pastor
Curia Provincial
Apartado: 486 – 2150
SAN JERÓNIMO DE MORAVIA, MORAVIA
COSTA RICA



Teléfono: 506 22940935
provincial@amigonianosbp.org
secretario@amigonianosbp.org

*“Comunidades de vida y misión”
“Para que sean uno, como nosotros somos uno” (Jn. 17,22)*

Prot. N° 080/2013

San Jerónimo de Moravia, 2 de junio 2013.

TERCER TEMA REFLEXIÓN PREPARACIÓN VII CAPITULO PROVINCIAL

DE VIDA COMUNITARIA A COMUNIDAD DE VIDA “VIDA EN DISCERNIMIENTO Y FIDELIDAD CREATIVA”

Relectura de parte del Documento presentado por Fr. José Rodríguez Carballo, Superior General de la Orden de Frailes Menores (Franciscanos) al Capítulo Extraordinario del 2006, celebrado en La Alvernia Asís

37. La palabra clave para interpretar nuestra vida y nuestra misión, es la palabra fraternidad:
SOMOS UNA FRATERNIDAD.

- En la fraternidad acogemos a los hermanos que el Señor nos da;
- En la fraternidad, cultivando los valores humanos, caminamos hacia la madurez humana, cristiana y amigoniana;
- En la fraternidad acogemos la Palabra del Señor, y desde la fraternidad, como hermanos, vamos al mundo para anunciar la Buena Noticia.

38. **Valores unificadores de la vida fraterna en comunidad:**

- la unidad de fe y la unidad de proyecto de vida evangélica, que para nosotros se concretan en la Regla y en las Constituciones.
- Al mismo tiempo tiene como "estructuras" base la persona del hermano, en cuanto ser en relación, y la figura del superior, en cuanto animador de la vida de los hermanos que el Señor le ha confiado.

39. NUEVO ROSTRO DE NUESTRAS FRATERNIDADES

La evolución de estos últimos años ha contribuido a hacer madurar la vida fraterna en las comunidades. En muchas de ellas el clima de convivencia ha mejorado; se ha facilitado la participación activa de todos; se ha pasado de una vida en común, demasiado basada en la observancia, a una vida más atenta a las necesidades de cada uno y más esmerada a nivel humano» (VFC 47).

Hemos mejorado en:

- la participación de los hermanos en la toma de decisiones,
- el respeto a la persona,
- la capacidad de enfrentarnos en cuanto fraternidad a los conflictos,
- el discernimiento comunitario,
- en la calidad humana,
- nuestras comunidades hoy son «menos formales, menos autoritarias, más fraternas, más participativas» (VFC 47). Se pasó de poner el acento sobre lo comunitario a ponerlo en la dimensión fraterna, entendiendo las fraternidades más como lugar de comunión, «*donde las relaciones son menos formales y donde se facilitan la acogida y la mutua comprensión*» (CdC 29).

40. MEDIACIONES EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA FRATERNIDAD

- El proyecto de vida fraterna trabajado en casi todas las Comunidades y, en no pocas, elaborado con pasión y con participación activa de los hermanos, siendo evaluado periódicamente;
- La lectura orante de la Palabra en fraternidad;
- Los encuentros de la fraternidad, que dan frutos maravillosos cuando no se reducen a encuentros para resolver problemas de administración, sino que se aprovechan para la formación, para la elaboración y la evaluación del proyecto de fraternidad y la comunicación auténtica y profunda, no sólo de las actividades sino también de la vida de los hermanos.

41. El ministerio del superior de comunidad

El ministerio del superior se revela fundamental en la construcción de la fraternidad:

- Es un ministerio al servicio de la comunión de los hermanos con Dios y entre sí;
- Es un ministerio que anima en la fraternidad el seguimiento de Cristo;
- Es un ministerio al servicio del Evangelio -máxima autoridad en la fraternidad-, del carisma y de cada hermano;
- Es un ministerio de acompañamiento espiritual por el cual el superior debe inspirar, suscitar y exigir una repuesta íntima, sincera y responsable, de tal modo que cada hermano y la entera fraternidad vivan y lleven a cabo su vocación y su misión.

42. La comunicación

Otra mediación que es imprescindible en la construcción de la vida fraterna. Si para llegar a ser hermanos es necesario conocerse, para conocerse es imprescindible comunicarse. Cuando hay comunicación, el aire que se respira en la fraternidad es aire limpio y sano, las relaciones se vuelven más estrechas y familiares, se alimenta el espíritu de participación, y crece el sentido de pertenencia. En cambio, la falta de comunicación deteriora la comunión fraterna hasta destruirla.

45. DESENCANTO Y ESCEPTICISMO

Sobre nuestra vida fraterna en comunidad pesan las sombras particularmente densas del desencanto y del escepticismo, alimentadas, no pocas veces, por resultados poco satisfactorios, que no se corresponden con el esfuerzo realizado para conseguirlos. El pasar del decir al hacer, del diagnóstico a la terapia, del programa a la vida, del carisma a la realidad del día a día, no tiene nada de fácil.

Si no queremos sucumbir a esta tentación hemos de ser realistas y asumir que construir fraternidad no es nada fácil, sino que lleva consigo ascesis y sacrificio, y que no es posible sin la entrega

de cada uno; hemos de asumir las dificultades como retos y no como derrotas, y hemos de enfrentarnos a los conflictos con madurez, tacto y atención, sin forzar las cosas. Esto exige respeto, comprensión, humildad y diálogo, sin cortar nunca la comunicación afectiva, ni buscar un chivo expiatorio. Construir fraternidad lleva consigo también aceptar con serenidad un sano y legítimo pluralismo.

No se trata de vivir en fraternidades ideales, que no existen, sino de llevar una vida fundada en la caridad, la fe, el perdón, la aceptación de cada uno como es: con sus cualidades y flaquezas.

49. Individualismo:

El individualismo es tentación presente en todos los tiempos, pero parece que en los nuestros, esta tendencia al aislamiento y al egoísmo en las relaciones, se manifiesta con renovado vigor. Pareciera que no tenemos tiempo para pensar en los demás -porque los propios problemas nos ocupan demasiado-, o de que impera entre nosotros la ley del “*sálvese quien pueda*”.

Pareciera que muchas veces nos faltara tiempo para estar con los demás: tiempo para orar juntos, tiempo para comer juntos, tiempo para recrearnos juntos. Tendríamos que admitir con tristeza que el individualismo de muchos hermanos está destruyendo, como un cáncer maligno, la identidad franciscana; también se puede observar que el trabajo asumido por algunos hermanos se transforma en ocasión de aislamiento; y es lamentable que a veces los lugares de misión se escojan con el inadmisibles criterio de satisfacer intereses individuales, olvidando que siempre somos enviados de la fraternidad y que siempre somos enviados como hermanos.

Frente a la cultura del subjetivismo que nos arrastra al individualismo, a prescindir del otro, hemos de optar por la cultura de la fraternidad, que me lleva a asumir que mi «yo» no puede existir sin el «tú» y que nuestra realización como consagrados y como servidores, pasa a través de la vida fraterna. Hemos de continuar creciendo en el sentido de pertenencia recíproca: los demás me pertenecen y yo les pertenezco. Es este un aspecto de nuestra vida que hemos de tener muy presente en la formación, tanto inicial como permanente.

50. EN CAMINO PARA PASAR DE LO BUENO A LO MEJOR

Para acortar las distancias, a veces muy visibles, entre lo que deberíamos ser en cuanto amigonianos y lo que realmente somos, entre el magnífico ideal de la fraternidad, tal como la vivió y la proponen Francisco y Luis, y la modesta realidad en que nos encontramos, se hace necesario señalar algunos pasos a dar en estos momentos, para que la vida de comunión en fraternidad sea claramente profética:

51. De la vida en común a la comunión de vida

Muchos de nosotros hemos sido formados más para llevar una vida en común que para la comunión de vida, más para la observancia de reglamentos y normas que para la vida en fraternidad.

Si es cierto que ha llegado el momento de hacer de la Iglesia «*casa y escuela de comunión*», y si, para la misma Iglesia, la comunión se presenta como el gran desafío al comienzo del tercer milenio (cf. NMI 43), no lo será menos para la vida consagrada en general y para la vida franciscana-amigoniana en particular, llamadas como están a ser «*expertas en comunión*» y signos de comunión en la Iglesia (cf. VC 46).

Nuestra «*vocación específica a la vida de comunión en el amor*» (CdC 28), está exigiendo de nosotros ser personas «*forjadas interiormente por el Dios de la comunión benigna y misericordiosa, y comunidades maduras donde la espiritualidad de comunión es ley de vida*» (CdC 28).

Para lograr meta tan alta y significativa, no basta programar actividades, es necesario, sobre todo, «promover una espiritualidad de comunión», proponiéndola como dimensión fundamental e imprescindible en cualquier etapa de formación, tanto inicial como permanente (cf. NMI 43).

Este «camino de comunión» ha de ir acompañado de algunos «sacramentos de comunión» que, a la vez, la manifiestan y la potencian. En este sentido, se han de cuidar los espacios para la escucha y el encuentro: de los hermanos entre sí, de los hermanos con sus pastores, de los hermanos con los demás religiosos -particularmente con los más cercanos a nuestras raíces carismáticas-, y de los hermanos con los laicos.

El paso de la vida en común a la vida de comunión fraterna exige conversión, exige cambiar la mentalidad y, sobre todo, el corazón.

- ¿Estamos dispuestos a ello?
- Nuestra pedagogía/metodología formativa, ¿favorece una formación para la observancia de la vida comunitaria, o una formación para la vida de comunión en fraternidad?
- ¿Qué espacio damos a la formación en la espiritualidad de la comunión de vida en fraternidad?

De la centralidad del hacer a la necesaria armonía entre el ser y el hacer

Los hermanos trabajan mucho y, por lo general, bien, pero con mucha frecuencia son víctimas del activismo. Por otra parte, se puede constatar fácilmente que, al mismo tiempo que en algunos lugares de la Congregación disminuyen las fuerzas, porque somos cada vez menos y cada vez con más años, aumenta el trabajo, porque tenemos cada vez más obras y son cada vez más ambiciosas.

Ante tal «adicción» debemos preguntarnos todos unidos:

- ¿Qué opciones están a la base de las diversas formas de activismo?
- ¿Qué se esconde tras él? Podríamos pensar que, en la mayoría de los casos, el activismo manifiesta la generosidad de los hermanos, que no ahorran esfuerzo alguno en el servicio a los demás. Pero al mismo tiempo, el sentido de la realidad nos debe llevar a pensar que, a la base de tanta actividad, está con frecuencia la necesidad personal de «sentirse realizado», de dejar una «obra» para la posteridad, de cierto protagonismo, o, simplemente, la fuga de uno mismo y del compromiso con las exigencias de la vida carismática. Lo cierto es que tanto en un caso como en el otro, nuestra «actividad absorbente», y a veces nuestra «generosidad patológica», hace que otras dimensiones fundamentales de nuestra vida se vuelvan irrelevantes, particularmente la vida fraterna en comunidad. Es normal: las fuerzas son limitadas y si nos volcamos en una dimensión, las otras sufrirán.

Por otra parte, el activismo mina en sus raíces más profundas uno de los valores típicos de la vida cristiana y particularmente del franciscanismo: la gratuidad. Los hermanos, muchas veces, vienen valorados por lo que hacen y por lo que aportan, y las actividades se evalúan por lo que producen. Estos criterios hieren de muerte la gratuidad que ha de estar presente en nuestros trabajos y servicios, y la valoración de las personas por lo que son en sí mismas.

Si queremos progresar en la vida fraterna en comunidad, entre otras cosas, se impone llevar a cabo una revisión seria sobre los criterios valorativos que guían nuestra acción, revisión no sólo a nivel de criterios personales, sino también comunitarios, e incluso a nivel de la Congregación. Al mismo tiempo, a nivel fraterno y a nivel personal, se hace urgente optar por una jornada ecológica que esté animada por el proyecto de vida personal y fraterno; una jornada en la que haya tiem-

po para la oración personal y fraterna, tiempo para el estudio, tiempo gratuito para estar con los hermanos, tiempo para la reflexión, tiempo para la confrontación, tiempo para uno mismo. En la construcción de la jornada ecológica, el proyecto de vida -personal y fraterno- se presenta como una mediación muy importante, pues favorece el discernimiento personal y comunitario, con todo lo que el discernimiento lleva consigo: estar juntos, comunicarse, escucharse con respeto, llegar a un cierto consenso. En este sentido, el proyecto personal y fraterno de vida es un fuerte antídoto contra uno de los "tumores" de nuestra vida fraterna: el individualismo.

- En la vida cotidiana, ¿tenemos una jornada ecológica, o somos "adictos" al trabajo (activismo)?
- ¿Qué opciones de vida están a la base de nuestro activismo o de nuestra irresponsabilidad ante la "gracia" del trabajo?
- ¿Qué nos está exigiendo, en la vida concreta de cada día, el paso de la centralidad del hacer a la deseable armonía entre el ser y el hacer?
- ¿Tendremos la valentía de redimensionar nuestras actividades para poder vivir una "jornada ecológica"?
- ¿Cómo estamos saliendo al paso del creciente individualismo que tantas veces constatamos?

53. De la obsesión por la eficiencia/eficacia al gozo por el ágape

Nuestra sociedad mide el éxito del esfuerzo por la rentabilidad obtenida. Y no sólo: con demasiada frecuencia valora a las personas por lo que producen, aportan o cotizan, o por lo que aparentan. Esta lógica puede llevar a la exclusión de muchos hermanos que aun valiendo, no producen, ni aportan, ni aparentan.

Ante este peligro, más que hipotético, si queremos realmente potenciar la vida fraterna en comunidad, se hace necesario descubrir el valor del hermano por lo que realmente es: *don del Señor* (cf. Test 14). Se impone, también, descubrir y valorar adecuadamente la gratuidad: se ama al hermano, no por lo que es capaz de hacer o aportar, sino simplemente porque es hermano, uno que me pertenece, «*regalo de Dios, un don para mí*» (NMI 43).

Es urgente la necesidad de convertirnos a esa forma de relación que el Nuevo Testamento llamó ágape: amor personal, amor a Dios, amor al prójimo, amor mutuo, amor al hermano; es urgente la necesidad de afirmar su primado en nuestra vida de hermanos. ¿Cómo de otro modo podríamos cumplir la voluntad de Francisco de amarnos siempre mutuamente? (cf. TestS 3). Sólo quien cree en la caridad, que es Dios, y vive en ese amor, se compromete seriamente en la construcción de la fraternidad. Nuestra vida y todo lo que ella comporta sólo se comprende como experiencia de comunión en el amor.

- ¿Estamos dispuestos a ello?
- ¿Qué esperamos de la fraternidad?
- ¿Nos situamos en ella como verdaderos constructores a base de "ágape" o como simples consumidores?
- ¿Para qué nos formamos y formamos, para sentirnos bien en la fraternidad o para ser semejantes a Cristo, hacer como él ha hecho, amar como él ha amado?

55. De la actitud del fariseo a la actitud del publicano

La fraternidad es un don y una tarea. Como un don la acogemos con gratitud; como tarea hemos de comprometernos seriamente en su construcción y crecimiento. «*La comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascesis no tiene cuerpo. Se necesita "sinergia" entre el don de Dios y el*

compromiso personal para construir una comunión encarnada, es decir, para dar carne y concreción a la gracia y al don de la comunión fraterna» (VFC 23).

Con gozo hemos de reconocer que entre nosotros son muchos los que trabajan sin descanso por lograr esa "sinergia", pero también se hace necesario reconocer que abundan los «consumidores» de fraternidad, aquellos que piensan que todo les es debido. De hecho no es raro constatar que los que más exigen de la fraternidad son, a menudo, los que más la ignoran. Éstos olvidan que la verdadera fraternidad *«no existe sin la entrega de cada uno»* (VFC 24).

Para participar activamente en la construcción de la vida fraterna en comunidad es imprescindible tener la valentía de reconocer las heridas que los unos causan a los otros. Es necesario vivir la gratitud por lo que se recibe y la humildad por lo que no sabemos dar. Es la actitud del publicano, de quien se cree culpable, y no la del fariseo, de quien se cree justo, la que construye la fraternidad. Es necesario reconocer que la fraternidad ideal no existe, y que nos acercaremos a ella en la medida en que sepamos aprovechar la gracia de las debilidades humanas y estemos dispuestos a restablecer la unidad, siempre que se rompa, al precio de la reconciliación. Será importante recordar que sólo quien tiene conciencia de necesitar el perdón, lo ofrecerá a los demás.

La conciencia de nuestra propia debilidad nos ha de llevar a pedir la corrección fraterna. Ésta es importante para abrirnos los ojos, para objetivar conductas y actitudes y para recordarnos nuestro *«propósito»*, a fin de que, *«con paso ligero»*, sin que nos dejemos envolver *«por tiniebla alguna ni amargura»*, podamos *«avanzar con mayor seguridad en el camino de los mandatos del Señor»* (2CtaCl 11-15).

Reconocer lo que se recibe y ser conscientes de las propias debilidades es fundamental a la hora de echar los cimientos de una auténtica vida fraterna en comunidad, y son actitudes que se han de inculcar desde los comienzos de la formación y se han de cultivar en cualquier etapa de la vida.

- ¿Cómo formamos y nos formamos para adquirir estas actitudes?
- ¿Qué otros medios se podrían señalar en la construcción de la vida fraterna en comunidad?

Bibliografía

1. VFC : La Vida Fraterna en Comunidad CIVCSVA. 1994
2. CdeC: Caminar desde Cristo CIVCSVA.2002
3. NMI: Carta Apostólica *“Novo MillennioIneunte”*, Juan Pablo II 2000
4. VC: Exhortación Apostólica *“Vita Consecrata”*, Juan Pablo II 1996
5. Test: Testamento de San Francisco
6. Test S: Testamento de Siena
7. Cta Cl: Santa Clara: Segunda Carta

Nota: Los numerales que encabezan los párrafos, corresponden a los que tiene el documento original